

EL LADRÓN DE CABALLOS



UNA HISTORIA DE PHILIP FRACASSI

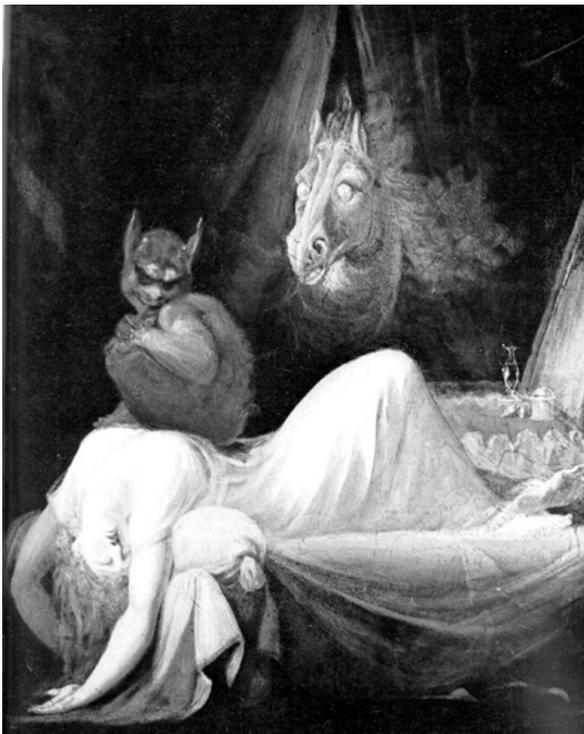
ILUSTRACIÓN DE JUAN ALBERTO
HERNÁNDEZ

«Hay, siempre se da, en cada suceso, ya sea vivído o narrado, una brecha o un resquicio, y a menudo más de una. Si nos dejamos atrapar por ella, la encontraremos abAriéndose a un vacío del que, una vez que nos hayamos deslizado a su interior, no podremos escapar jamás.»

—Brian Evenson, *Fugue State*



Contemplad el vacío - El ladrón de caballos



Título original
“The Horse Thief”

Philip Fracassi



Primera Parte
Enviudadora

Gabino, el ladrón de caballos, trastabilló con los elevados surcos de tierra blanda del terreno en su avance hacia el inmenso establo, con la única luz proveniente de una luna baja de tonos similares a los de una naranja sanguina que pendía del cielo nocturno como si la hubieran dejado allí colgada de una cuerda anudada al firmamento. Si no fuera porque sus botas de punta de acero brillaban y la bisutería de tonos turquesa de la desproporcionada hebilla de su cinturón refulgían en la penumbra, sería una sombra solitaria, a media milla de la vía de dos carriles y a un cuarto de milla de la casa Marshall, donde su propietario, Will Marshall, su esposa y su hija adolescente aficionada a la hípica, dormían plácidamente.

Gabino era un hombre menudo dotado de un gran bigote, una sonrisa luminosa y espesas cejas negras a las que su querida Mariana —*Dios la tenga en su gloria*— se refería afectuosamente como sus gusanitos, los mismos que ahora estaban empapados por el sudor fruto de los resoplidos de las últimas cien yardas de lo que se podría considerar una travesía considerable en medio de la noche a través del aire pegajoso y tranquilo de Florida. Gabino pensaba en Florida como una anciana pálida, gorda y sudorosa que enseñaba su pierna al mundo como una cabaretera, con su





ancha testa atestada de los piojos que eran sus habitantes —los ancianos y los jóvenes, los pobres y los ricos, los desarrapados, los borrachos y los turistas—. Una tierra despojada de sí misma y replanteada con los escenarios de sus patriotas, cada uno de ellos creando su propia versión compacta de húmeda tierra virgen.

La visión actual que Gabino tenía de la Florida diurna estaba anegada por la angustia, el calor y el polvo, y maldijo el hecho de que las noches fueran más de lo mismo.

En el fondo de su corazón sabía que ya se estaba haciendo demasiado viejo para robar, pero era complicado encontrar trabajo cerca del rancho Naples, y el mercado ilegal había subido como la espuma en los últimos años. Podía ganar quinientos dólares con una yegua que no tenía más utilidad que un saco de viejas semillas, y más de dos mil con una pura sangre de tamaño considerable. Los mejores estaban en los lugares más inaccesibles, por supuesto —más comodidades, más seguridad—. Pero Gabino era cuidadoso y estudiaba sus objetivos, planeándolo todo de antemano. Siempre encontraba caballos en establos alejados de las carreteras principales, lejos de sus dueños. Los ranchos más grandes de Florida, como era aquel, que consistían en un granero privado del que no arrendaban su espacio ni en el que daban clases a las niñas blancas y ricas, eran especialmente fáciles.

Conocía a los Marshall de antes, por supuesto. En sus muchos años como mozo de establo, conoció a prácticamente todos los rancheros, propietarios de graneros y criadores que había desde Tampa hasta Ocala y, en una vía diferente, a los que había desde Jacksonville hasta Yulee. Tantos graneros, tantos caballos, tantos propietarios apáticos que pagaban una miseria y tantos rancheros potenciales, todos ellos a la búsqueda de algo, todos ellos desesperados. Él también había alcanzado esa desesperación.

Cuando fue joven, con un niño al que criar y una bella esposa a la que atender, había aceptado cualquier trabajo que le ofrecieran, independientemente de las horas o del sueldo. Había trabajado duro y sabía de caballos. Sabía como dirigirse a ellos, calmarlos, prepararlos para las hijas de los pudientes y para la gente de negocios con ganas de cabalgar los

fin de semana. Era un don que había tenido desde que fue niño, cuando trabajaba en un rancho en Sonora con su padre, antes de que la familia se mudara a los Estados Unidos con un tío que había trabajado para ellos en Florida. Habían cruzado la frontera, como tantos lo hicieron entonces, ilegalmente. El cuerpo de su hermana Theresa se quedó atrás tras su muerte a consecuencia de su exposición al desierto de Sonora, al norte de Sásabe. Ella tenía solo seis años, él nueve, y no dispusieron de suficiente agua para todas aquellas semanas que caminaron, tan expuestos al calor. Después de llegar a Nogales, prosiguieron apretujados y débiles en un tren de mercancías —conocido como *la bestia* por la forma en que devoraba a los que se atrevían a montar su metal— hasta la frontera en silencio, con su padre temeroso de los bandidos, con su madre sin hallar consuelo. Con el tiempo, después de muchas semanas de penurias, lograron atravesar los estados del sur de Estados Unidos para llegar con su tío en Jacksonville, con la pequeña familia fragmentada y rota para siempre.

Había trabajado con caballos durante cincuenta años, cinco décadas de pelear estiércol, reparar graneros, construir cuadras bajo un calor sofocante. Largas jornadas, días duros, ganando menos del salario mínimo, apenas sobreviviendo, comiendo poco, durmiendo menos.

Ahora que estaba ganando dinero de verdad, ya no tenía a nadie a quien cuidar, nadie que lo necesitara. Lo hacía porque podía. Sentía, en lo más profundo, que se lo debía a sí mismo. Además, ¿qué habían hecho los caballos por él? Cagar y comer, esperar a ser cepillados, esperar a que los revisaran, mirarlo con sus ojos impíos.

Gabino se quitó su gastado sombrero vaquero, se secó la frente y se mesó el cabello corto y canoso. La noche era tórrida y él se encontraba desanimado, lo sabía. Eso le disgustaba. Era un hombre que disfrutaba de unas buenas risas, de la cerveza fría y del tequila con sus amigos. Aquel asunto de los caballos era algo malo, y rezó para que su Mariana estuviera en el cielo pidiendo por él; su Luis, asesinado cuando era solo un niño, junto a ella, esperando el momento en que se les uniera.

Volvió a ponerse el Stetson en la cabeza y continuó avanzando por el





campo. Llegó a las vallas, se encaramó a ellas con destreza, perdió el equilibrio, se resbaló y maldijo en voz baja. –*Me lleva la chingada*¹ –dijo, fro-tándose la rodilla dolorida mientras se levantaba; se sacudió el polvo y se quedó inmóvil, escuchando.

Todo estaba en calma. Sabía que no había nadie. Los Marshall no con-taban con empleados de seguridad. No había alarmas. Ningún trabajador estaría allí pasada la medianoche. Nada de huéspedes. Solo media docena de purasangres, dos de ellos, antiguos campeones de competiciones de hí-pica. La de la esposa, Lejano Norte, era una yegua que había sobrepasado su edad. A la señora Marshall le gustaba montarla, entrenarla, mantener su también envejecido cuerpo en forma. La hija, Lilly, una adolescente alocada de feo rostro y peor temperamento, montaba la joya de la corona, a Enviudadora. La mocosa y Enviudadora competían por todo el mundo, a veces incluso ganando. Era una hermosa yegua negra, tan escurridiza como la medianoche y fuerte como dos toros. Cuando corría, su pelaje negro se agitaba con los músculos subyacentes como la superficie de un lago mecida por el viento del invierno. La chica, con su casco, sus guantes de piel de cordero y su casaca, parecía un apéndice de la gran bestia mientras estaba sentada sobre ella, como un tumor asido a su lomo mientras el corcel se agitaba y saltaba como Arion².

Esta noche Gabino se haría con el caballo y lo vendería, incluso lo ma-taría con su propias manos si eso era lo que Ted El Gordo deseaba. Algu-nas veces, Gabino llevaba consigo un grupo de hombres y trasladaban al animal hasta un campo cercano, donde montaban una tienda de campaña con luces alimentadas por las baterías del camión, y lo mataban, lo descuar-tizaban y quemaban sus restos. O, si disponían de tiempo, los enterraban, especialmente cuando una fogata podía llamar la atención. Los caballos olían fatal cuando ardían, un aroma espeso y rancio, cientos de libras de piel y sangre hirviendo y siendo reducidas a cenizas, las vísceras crujián, el

¹ En español en el original.

² Caballo de la mitología griega, hijo de Poseidón y su hermana Deméter, que poseía el don de la palabra y la inmortalidad.

fuego petrificaba los huesos convirtiéndolos en tiza negra que las autoridades encontraban días después.

Todo menos las cabezas.

Las cabezas, por razones que no entendía o no quería entender, nunca se quemaban por completo. Los ojos se licuaban, estallaban, explotando como petardos; la lengua gorda, las largas crines, se quemaban por completo, siempre. Pero el gran amasijo formado por la carne y el cráneo, los dientes gigantes, eso siempre permanecía casi inalterable. Una bendición divina, tal vez una advertencia para aquellos que se atrevían a profanar a esas criaturas. Gabino se frotó la boca y apartó esa idea de su cabeza sintiendo un escalofrío a pesar del calor sofocante de la noche. No, no le gustaba pensar en eso.

Agarró las cuchillas con una mano, y unas desgastadas riendas con la otra. Esperó un momento antes de continuar hacia el granero, no le llegaba ningún sonido excepto el que producían los caballos en el interior. Levantó la mirada hacia la caída luna de sangre, lo que le hizo pensar en el seno de una bruja teñido de naranja deslizándose a través de un vestido de encaje negro que flotaba holgado que hacía las veces de cielo nocturno. Hizo una mueca como señal de disgusto por el sudor que se deslizaba hasta sus ojos y le pidió a San Miguel que le protegiera de los demonios.

Finalmente, se aproximó al portón principal, con su rodilla quejándose. Tenía un trabajo que realizar y cobraría mucho por ello. Tal vez se compraría una rodilla nueva si no se bebía todo el dinero con ese pinche de José y los chicos.

Al llegar al establo, fue capaz de relajarse un poco, de bajar la guardia. Encontró un alivio cómico al pensar en sus amigos, en las cosas buenas que le quedaban en la vida. Sonrió mientras estudiaba la vieja cerradura de la puerta. Unos dientes blancos y brillantes refulgían bajo un espeso bigote y la curva oscura del sombrero de ala ancha del ladrón.

Introdujo la cizalla en la cerradura y apretó, utilizando sus manos ásperas y rudas como una herramienta. Se produjo un chasquido y la cerradura cedió. La sonrisa de Gabino se intensificó, sus aciagos pensamientos exor-





cizados por un instante, y abrió la pesada puerta de bisagras oxidadas que chirriaban en una leve protesta.

Dentro, en la oscuridad, le esperaba Enviudadora, a unos pocos minutos de su libertad y de su muerte.

x

El interior del establo era más oscuro que la propia noche, cada uno de los caballos se había transformado en una sombra borrosa, flotando a cada lado del amplio camino de tierra que dividía el establo, como apariciones demoníacas que lo guiaban al infierno.

Gabino buscó en su bolsillo y sacó una linternita del tamaño de una mano, encendiéndola. Gracias a la ayuda que le proporcionaba la luz y a que sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra, pudo distinguir los habitáculos individuales. Eran muy amplios y tenían suficiente espacio como para contener tres caballos de un extremo al otro, y cada una de esas portezuelas que le llegaban a la altura del pecho, tenía una placa blanca escrita con el nombre de cada animal.

Dejó atrás a Júbilo y a Kenia —una yegua de cría y un semental—, dos viejas glorias que el señor Marshall conservaba con fines reproductivos, aunque Gabino sabía que últimamente no era algo muy demandado. Supuso que el hombre los conservaba por razones sentimentales, y si era el dueño de aquellas tierras, de aquel granero, ¿por qué no iba a hacerlo?

Gabino giró a la izquierda, dejó que su haz de luz se deslizara por delante de Lejano Norte, la yegua moteada que era el orgullo y la alegría de la señora de la casa. Se acercó a ella, dándole unas palmaditas en el cuello y le susurró algo al oído. Ella sacudió una pata y golpeó juguetonamente su sombrero, casi tirándolo. Él se sacudió el envite, le frotó el hocico y siguió su camino.

Mientras se adentraba, cerró los ojos un instante y tomó aire. Siempre le había gustado el olor de un establo de caballos, incluso de niño. La humedad del heno pisoteado, la vieja y desgastada madera del granero, las

propias puertas de los establos y las paredes salpicadas de serrín, el hedor dulzón y enfermizo del estiércol de caballo unido al marcado aroma de los corceles, tan embriagador. Había tanta carga de *vida* en el olor de un caballo como en el pelaje de una antigua bestia nacida en los tiempos de la creación, o en el hecho de respirar el aliento de un Minotauro.

Luis, su hijo, no había vivido lo suficiente para montar a caballo, pero había acompañado a su padre a algunos ranchos, jugando sobre el heno, yendo de un lado a otro, hablando con los caballos, señalándolos con el dedo cuando sus gigantescas cabezas lo miraban con curiosidad, resoplando ráfagas de aire caliente de sus ollares sobre su pequeña cara, traspasándole su vigor, su espíritu. Cuando Luis falleció, Gabino pensaba en él cada vez que trabajaba con los caballos. Cuando miraba a sus ojos grandes y vidriosos, imaginaba que podía ver el reflejo de su hijo en otro mundo, una realidad atestada de grandeza. Él podría verlo, como una sombra lejana, saludando con la mano, buscando a su papá, corriendo con los espíritus.

Pero en el fondo, sabía que ese mundo no existía. Era consciente de que esos ojos cristalinos eran tan necios e indefensos como los suyos. Cuando les cercenaba la cabeza, disfrutaba del momento en que estos se apagaban y esos mundos imaginados desaparecían. Todo lo que quedaba era la sangre, las vísceras y la carne.

Un estridente relincho llegó desde unos pocos metros más adelante, procedentes del último habitáculo. Gabino movió la luz sobre el letrero, leyó ENVIUDADORA con letras negras y cuadradas, y chasqueó la lengua. Era hora de hacerlo. Ted El Gordo estaría esperándole en la granja, un viaje que le llevaría sus buenos veinte minutos, y eso una vez que la yegua estuviese en la camioneta, a una milla de distancia camino abajo, alejada de miradas curiosas, al cobijo de un bosquecillo de árboles de guayaba sobremadurada.

Abrió la puerta del establo, mantuvo la luz apuntando hacia abajo para no alterar al animal. Enviudadora estaba en el extremo más apartado, huyendo del intruso. Parecía derramarse sobre un lienzo negro, emitiendo un fulgor oscuro. Emanaba fuerza de ella como si con ello pudiera vencer





y destruir el mundo. Él se acercó con cautela y ella giró su gran cuello, fijando su mirada en él y levantando la cabeza, como asegurándose de saber ante quién se encontraba.

Gabino se colgó el cabestro por encima del hombro y avanzó hacia el enorme caballo, con la palma de la mano levantada, mientras caminaba hacia ella. Sus botas chapotearon sobre una gran pila de estiércol, pero no se dio cuenta, o no le importó. Sus ojos estaban fijos en aquella belleza, solicitaba ser bien recibido, en silencio le pedía su completa sumisión. El caballo relinchó, soltó un suspiro y pisoteó el suelo con los cascos. No era una advertencia, pero tampoco una bienvenida.

–*Relájate, relájate, preciosa*³–arrulló con voz melosa, los dedos a escasas pulgadas de su abultado y oscuro orificio nasal–. Relájate...

Rebuscó en su bolsillo con la otra mano, sacando un puñado de trozos de barritas de avena, y se las acercó a la boca. Ella resopló de nuevo, uno de sus grandes ojos redondos girando hacia él impregnado de un temor majestuoso, la mirada que una reina le brindaría al verdugo mientras era conducida a la guillotina.

Entonces, los párpados de Enviudadora bajaron mientras olfateaba el dulce. Vacilante, acercó la boca a su mano, sus gruesos belfos aleteando ruidosamente, la avena que se desmoronaba pegándose a la palma de su mano, el caballo mordisqueando, lamiendo, resoplando mientras lo devoraba todo. Tuvo que ponerse de puntillas, incluso con la cabeza del animal agachada como estaba, para alcanzar la parte más elevada de su crin, que rascó con nervio, permitiendo que el corcel se relajara.

–Bien. Bien, chica –dijo con dulzura, frotando su mano entre sus ojos, acariciando su larga nariz. Guardó la linterna en su bolsillo. Iba a necesitar las dos manos.

Con cautela, desplegó el ronزال y lo levantó sobre su cabeza. Preparó sus orejas puntiagudas para deslizarlas a través de las ranuras y aseguró la hebilla debajo del musculoso cuello de la yegua, dejando que la correa colgara por ahora. No dejaba de susurrar, serenándola mientras ella reso-

³ En español en el original.

plaba y pateaba pero, por lo demás, el animal no opuso resistencia a que le ajustara el cabestro.

Tras unos momentos de espera para permitirle aclimatarse al aparejo, apretó la correa y tiró de ella con suavidad hacia la puerta abierta del establo. Rezó para que no se sobresaltara cuando la metiera en ese remolque que le era desconocido y que estaba enganchado a su camioneta, pero tenía preparado un gran saco de comida para distraer su atención. Se acomodó y se dispuso a comer, y juntos se dirigirían al lugar en el que estaba Ted El Gordo, a la granja en la que ella moriría.

X

Segunda Parte *El oscuro camino*

El F150 se deslizaba por la carretera de dos carriles pobremente iluminada, las congregaciones de robles y manglares bordeando cada pulgada del arcén como niños que se empujaban entre sí para ser los primeros en el corro que observaba una pelea. Los faros delanteros relumbraban en el resplandeciente camión, dos grandes ojos amarillos observando el pavimento que dejaba atrás, convirtiendo al parachoques en una suerte de mueca cromada, con la abollada matrícula golpeando suavemente contra sus pernos. El vehículo estaba salpicado de luces a lo largo del guardabarros y su cesta, tenía una antena de radio que vibraba y silbaba a través del viento, y los faros antiniebla modificados forzados a ser encendidos a consecuencia del clima húmedo del estado. Detrás, enganchado y traqueteando, estaba el remolque para dos caballos que contenía a Enviudadora. El viento se curvaba alrededor del carruaje metálico en forma de herradura, la bestia ajena a todo menos a su bolsa de avena, sin que le importase ese viaje nocturno a un destino desconocido.

Una vez a resguardo del aire acondicionado de su cabina, Gabino se quitó el sombrero. Estaba cansado a consecuencia de las millas que había





tenido que caminar, por las que había tenido que conducir al maldito caballo hasta la camioneta, con los músculos y las entrañas contraídos y en tensión por los nervios, sus ojos saltando arriba y abajo y de un lado a otro de la carretera mientras caminaba con la yegua, rezando para que no pasara ningún vehículo. Sabía que era casi imposible, ya que esa vía era privada casi en su totalidad. La compartían tres ranchos, las únicas tres propiedades en millas a la redonda. Pero, con todo, estaba feliz de seguir en la lucha, pues ya había dejado atrás la parte más complicada del trabajo que le habían encomendado.

Respiró profundamente, tratando de relajarse. Una vez estuviera en la carretera, se encontraría a poca distancia de la granja de Ted El Gordo, y luego recogería su dinero y todo habría acabado. Lo más seguro es que ese estúpido culo gordo quisiera que matara al animal, lo cual no suponía ningún problema. Era una parte más del trabajo.

Era raro que los transportara vivos, en todos los años que había dedicado a robar, solo se había dado esa situación en otra ocasión. El comprador solía querer ver a la bestia sacrificada, ver la carne cortada, asegurarse de que estaba obteniendo los mejores cortes, la carne más fresca. Gabino podía entender esa necesidad de control. Los estafadores eran muy habituales en el mercado de la carne. Te daban el cambiazo, o te lo podían dar en cualquier momento. Así que no culpó al hombre, pero cobró más por las molestias y el riesgo. Aún así, para él todo era lo mismo. Una vez se había llevado el caballo, no le importaba el lugar en el que tuviera que matarlo. En muchos sentidos, prefería hacerlo lejos de su entorno, a solas en algún campo apartado. Las brisas nocturnas se encargaban de mantener el aire limpio mientras cortaban y embolsaban los restos. Lo que no se guardaba para el comprador se tiraría a una pila, se empaparía de gasolina y sería quemado. Había un componente sagrado en todo aquello, pensó Gabino, santiguándose. Casi como un sacrificio.

El ladrón encendió la radio y se topó con una emisora mexicana tocando música norteña. Los árboles se disipaban a medida que se acercaba a la carretera. Pronto se encontró atravesando una vasta llanura, las llantas

agarrándose al único y estrecho sendero que se deslizaba a través de un ancho vientre de hierba mientras giraba hacia el norte.

Un banco de niebla se cernió sobre él, y el camino desapareció. Soltó una maldición, estirándose para alcanzar el mando de las luces antiniebla, pero esta se disolvió antes de que pudiera siquiera mover la palanca, con lo que el camino llenó de nuevo su panorámica. Gruñó, sorprendido, por haber salido de allí tan rápido. *No es raro, pensó, con la cantidad de humedad que impregna el aire. Pero tampoco es algo común,* se dijo, y murmuró una oración rápida.

La radio se llenó de estática, los sonidos que conformaban la canción luchaban y jadeaban buscando encontrar su lugar. Gabino frunció el ceño ante la pantalla verde de la radio, apretando los botones para cambiar de una emisora a otra, encontrándose solo con más y más estática. Ruido blanco, débiles filamentos de voces filtrándose. Probó con otra emisora, luego con otra. Apagó la radio, miró hacia la carretera y escudriñó buscando los bancos de niebla.

Esta había desaparecido, pero la oscuridad que rodeaba su camión era absoluta; los faros apenas iluminaban el pavimento y los trazos blancos de la carretera negra, el atisbo de la tierra dura del arcén y nada más. Miró hacia el horizonte, pero solo pudo distinguir zonas borrosas y la luna escondida detrás de unas nubes que parecían manchas de carbón.

Gabino se esforzó por ver los letreros de la carretera que se aproximaba, desesperado por salir de ella y dirigirse a la granja. Una parte de él estaba comenzando a asustarse con la noche, con ese camino. La forma en que la oscuridad se amontonaba en lo que parecía... antinatural. Frustrado, activó las luces largas.

Pertrechado a lo largo de un lateral de la carretera, más adelante, había un árbol alto, negro, ligeramente curvado. Se elevaba desde el arcén, con más peso en su punto más elevado. Estaba un poco deformado, como el tronco sin ramas de un árbol quemado con una congregación de nidos en la parte superior. Gabino levantó el pie del acelerador, entrecerrando los ojos para ver de qué demonios se trataba. No recordaba haber visto nada





parecido cuando había pasado antes por esa carretera, y lo había hecho muchas, muchas veces.

La camioneta redujo su velocidad y los rayos de los faros acariciaron aquella extraña señal, una estaca de tres metros de altura, su sombra se proyectaba a lo largo de la llanura apenas perceptible, un indicador de la nada. Gabino hizo que el camión derrapara, conteniendo la respiración.

Se quedó a diez pies de aquella cosa, y se detuvo.

Su corazón se aceleró y su boca se secó. Se quedó quieto un instante, mirando fijamente, escuchando el ruido sordo del motor al ralentí, sudando dentro de la ominosa quietud del vehículo, tratando de decidir qué hacer. Ahora podía verlo con claridad y le dio vueltas a la idea de lo que podría ser. Algo se despertó en su mente, historias de una maldición, advertencias míticas.

Abrió la puerta y bajó, dejando el motor en marcha. *Por si hay que salir pitando*, pensó, tal vez. Miró con nerviosismo hacia la oscuridad, más allá del estrecho haz de luz, atento a cualquier cosa que estuviera fuera de lugar. Mientras se acercaba al extraño tótem, se dio cuenta, con creciente consternación, de que era mucho más alto de lo que había pensado en un primer momento. El ladrón se puso de pie, mirando hacia arriba, los faros de su camión bañando la escena, las estrellas titilando, la abultada y roja luna llena apareciendo lentamente desde detrás de unas nubes cenicientas, lista para derramarse desde el cielo.

Era la cabeza de un caballo. Estaba a diez pies de altura, clavada en un poste grueso y chamuscado que había sido incrustado a gran velocidad contra el suelo compacto. La testa del corcel estaba muy quemada y el resto del pelaje convertido en una capa parda y gruesa como el carbón. Los enormes dientes se curvaban, como si estuvieran mordiendo algo en la distancia. Los ojos eran huecos ennegrecidos, las orejas afiladas, cubiertas de ampollas, quebradizas y petrificadas. Lo que quedaba de la crin se deslizaba por la parte posterior de su cuello, colgando en la noche en forma de pequeños mechones calcinados. El hocico carbonizado estaba ligeramente inclinado hacia abajo, con esos pozos negros y ciegos que una vez fueron sus ojos mirando directamente a Gabino.

Hiperventilando, Gabino buscó con la mirada en la noche opaca, como si esperara la aparición de algunos bromistas, o alguna explicación de por qué aquella maldita cosa estaba allí. Avanzó con inquietud, se agarró al poste con una mano, levantó la vista hacia la base de la cabeza, agradecido de que no siguiera inclinándose hacia él. Empujó con todas sus fuerzas, con la intención de derribar aquel vil objeto y que cediera, pero no se movió. Era firme como el hormigón, estaba petrificado, como enraizado. Asió el madero con ambas manos, tratando de sacudirlo, de que cayera la cabeza al menos, pero parecía inamovible. La testa solo se agitó lentamente, un temblor, a pesar de la energía empleada.

Se dio por vencido, empapado en sudor, respirando con pesadez, sin apartar la vista de la cabeza de la bestia. Se giró para encarar los faros de la camioneta, se miró las manos y vio que estaban cubiertas de hollín. Se las limpió en sus pantalones vaqueros, molesto y asustado. *–Hijo de puta⁴* –soltó en voz baja. Retrocedió un paso y miró hacia atrás una vez más, esos poderosos dientes apuntando hacia él, los huecos bajo los párpados derretidos y que parecían buscar su propia alma. Se pasó la lengua por los labios, se volvió y caminó hacia la camioneta, murmurando oraciones inconexas.

Cuando estaba cerca de la puerta abierta del conductor, miró instintivamente para comprobar el remolque, el hábito de un ranchero para asegurarse de que todo estaba correcto antes de proseguir su marcha.

Una mano pequeña, la de un niño, era visible a través de una de las ranuras de ventilación en un lateral del remolque. La mano se movía, con los dedos extendidos, como si buscara algo. Gabino se quedó helado, con los ojos abiertos de par en par. Maldijo en voz alta, casi sollozando, luego dio tres pasos apresurados hacia la mano.

–¿Quién está ahí? –gritó, su voz consumiéndose en el aire húmedo. La mano se escabulló, de regreso a la oscuridad y al silencio del remolque. Gabino corrió hacia el lugar donde la había visto y golpeó su palma contra el lateral.

»¡Sal ahora mismo o te mataré! –chilló, sus palabras sonaron amortigua-

⁴ En español en el original.





das en sus propios oídos, como si estuviera gritando desde el interior de una tumba sellada.

Sin esperar a que sus nervios le jugaran una mala pasada, trotó hacia la puerta trasera, vio la grupa de Enviudadora asomando sobre la media puerta, agitando la cola de forma distraída. Gabino dejó caer la portezuela y el metal restalló contra el suelo. Sacó la pequeña linterna de su bolsillo, apuntando con el haz de luz hacia todos los rincones y paredes del reducido espacio.

Enviudadora bajó la cabeza y giró el cuello, un ojo bulboso captó el reflejo de la luz, la esfera miraba a Gabino con desprecio.

Al no ver nada inusual, Gabino subió al interior e inspeccionó a ambos lados de donde estaba el animal. Ridículo, por supuesto, el remolque estaba completamente delimitado, era solo lo suficientemente grande para dos caballos. No había heno apilado y no había hueco para que ningún niño pudiera esconderse.

No había nadie.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Gabino estúpidamente. La única respuesta que recibió llegó de la yegua, que resopló sus bellos y raspó un casco sobre el suelo metálico con cansada exasperación.

Gabino miró al caballo y su buen humor desapareció, su corazón se enfrió como una noche de invierno, sus ojos se endurecieron y se volvieron vacíos como los del animal. —Pronto me ocuparé de ti, princesa —dijo—. Te rajaré y desangraré. Luego te mataré y te quemaré, yegua pendeja. —Levantó un puño, el sudor deslizándose por su rostro en tensión, con la firme intención de golpear al maldito animal en el ojo. Lo dejó suspendido en el aire, retrocedió, apretó los labios y resopló.

Enviudadora se limitaba a mirar a Gabino con despreocupación, como si ponderara su valía al peso. Gabino, con las manos temblando, el corazón desbocado, bajó su puño. La vergüenza se apoderó de él cuando salió sin mirar de nuevo a la yegua, levantó la portezuela y la cerró de un golpe.

Momentos después, el camión se alejó con un quejido de desahogo. Gabino miró por el espejo lateral mientras se alejaba cada vez más del extraño

tótem, comprobando cómo el poste negro y la cabeza chamuscada que se encontraba empalada en la parte superior eran engullidos por la voraz noche infinita.

Estudió sus manos sobre el volante, notando el blanco de sus nudillos, y se obligó a coger aire con fuerza una y otra vez. A medida que pasaban los minutos, intentó relajarse, concentrarse en el trabajo que tenía entre manos.

No obstante, diez minutos más tarde seguía sin encontrarse con la señal de desvío, y sus nervios comenzaron a descomponerse una vez más. Su corazón latía con fuerza en su pecho, su estómago se contraía por la tensión. Algo andaba mal.

Maldita sea, ¿dónde está la carretera? pensó enojado. Estaba demostrándose demasiado, y maldijo el momento en que se detuvo a mirar esa aberrante cabeza de caballo. Ahora, iba con retraso, y su cliente estaría esperando. Su frustración y su temor iban en aumento, por lo que pisó el acelerador, ansioso por abandonar aquel horrible camino. Echó un vistazo a la radio y volvió a encenderla, esperando que captase alguna frecuencia, algo de música con la que llenar el vacío que le rodeaba. Sin embargo, no oyó nada más que sonidos estáticos y los susurros de una transmisión lejana. Un escalofrío recorrió su espina dorsal y sus sienes palpitaron mientras el pánico se apoderaba de él. *Eso son voces*, pensó, luego apagó la radio con repulsa y volvió a concentrarse en la carretera.

Un niño pequeño se encontraba a veinte yardas por delante de él, a horcajadas, sobre la línea blanca que servía de divisoria de la carretera.

*-¡Qué chingados!*⁶ –gritó y frenó en seco, el camión patinando, el peso del remolque empujándolo hacia delante y hacia los lados, los neumáticos clavándose en el suelo. El fuerte ruido seco del pesado animal y su cuerpo chocando sin contemplaciones contra el costado del remolque, resonó en sus oídos. Giró el volante mientras las ruedas mordían el asfalto, tratando desesperadamente de enderezar el vehículo sin que volcara y sin acabar

⁵ En español en el original.

⁶ En español en el original.





con la vida del niño, que permanecía inmóvil en el camino que los faros iluminaban serpenteantemente. Durante unos segundos que parecieron eternos, Gabino pensó que perdería el control y que volcaría el remolque. Echó un vistazo al retrovisor y el remolque llenó por completo el espejo. Peor todavía, atropellaría al niño. En el último momento, pudo hacerse con el control del vehículo, apuró el frenado y giró el volante lo suficiente como para evitar volcar.

La camioneta se detuvo a tres pies del niño, retorcida y humeante. Gabino entrecerró los ojos y escudriñó por el parabrisas, sus manos pegadas al volante de cuero a consecuencia de la transpiración. Se recostó con fuerza, respirando con vehemencia, sin creer lo que estaba sucediendo. Se secó el sudor de la frente y apretó todavía más los ojos, mirando más allá del capó del camión hacia la oscuridad nebulosa. Una parte de él esperaba no ver nada, como si un rincón perdido de su cerebro, ya estresado y sobrepasado, hubiera creado al niño en un estallido alucinatorio alimentado por la ansiedad.

Pero el niño estaba allí, parado tranquilamente a la luz de los faros. Sus ojos marrones apenas eran visibles sobre el morro del vehículo, y Gabino pensó que no podría tener más de diez años. ¿Qué diablos estaba haciendo allí, en medio de la nada? ¿En mitad de la noche? Gabino abrió su puerta, encolerizado. Se dirigió a la parte delantera de la camioneta, deteniéndose frente al pequeño y frágil chiquillo que miraba a Gabino con sus ojos grandes y expectantes. El chico tenía la tez morena y el cabello negro y revuelto, llevaba una camiseta grande y raída y unos pantalones marrones muy sucios. Cuando se fijó, Gabino comprobó que el niño iba descalzo.

—¿Qué haces? ¡Casi te mato! —le gritó Gabino, aferrando el delgado bíceps del muchacho y tirando de él hacia la parte delantera del camión, como si todavía estuviera en peligro de ser atropellado—. ¡Lo más seguro es que hayas lastimado a mi caballo, bastardo!

El niño lo observaba en silencio, como si no lo oyera o no lo viera. Entonces, como si alguien hubiese accionado un interruptor dentro de su

cabeza, sus ojos se enfocaron y el débil rastro de una sonrisa se dibujó en los extremos de su boca.

—Señor —dijo con voz fina y melódica—, ¿puede llevarme?

Gabino lo miró con los ojos tan abiertos como enfurecidos. Soltó un bufido y contempló el vacío de negritud que los rodeaba, con su mano todavía sujetando el brazo del crío, como si esperara que apareciera un padre de detrás de un árbol para reclamar al chaval, regañándolo mientras lo arrastraba hacia la oscuridad.

—¿Qué pasa esta noche? —se preguntó a sí mismo. Soltó al niño y se frotó los ojos con las yemas de sus dedos secos y ásperos. Se dio la vuelta, se alejó unos pasos, y abrió y cerró los puños mientras intentaba pensar, aclararse la mente.

El chico guardó silencio, esperando.

Gabino suspiró, se giró y bajó la vista hacia la camioneta. —Sube, chico —dijo, y avanzó con paso dubitativo hacia la cabina—. ¡Venga, vámonos⁷!

Entró y desactivó el seguro. Frente a él, la puerta del pasajero se abrió y el niño sin zapatos subió. Gabino negó con la cabeza, puso el camión en marcha y este comenzó a moverse con lentitud, con el remolque enderezándose detrás de ellos. Pisó a fondo para acelerar, su principal preocupación en esos momentos era su hora de llegada al lugar en el que había quedado con Ted El Gordo. Ted iba a matarlo, y la mente de Gabino pasó de la incertidumbre y el nerviosismo a un estado de miedo profundo.

No se atrevía a comprobar cómo estaba el caballo. Lo que hubiese ocurrido, no podía deshacerse. Si la maldita bestia se había partido el cuello, que así fuera. No podía preocuparse por eso ahora.

—Ponte el cinturón de seguridad —le dijo al muchacho, más por la molestia ante el pitido continuo del camión a modo de recordatorio, que como resultado de una preocupación por la integridad del chico—. Te dejaré en la primera gasolinera que encontremos una vez llegemos a la autovía.

El chico obedeció, pero no dijo nada, se limitaba a mirar por la ventani-

⁷ En español en el original.





lla. El vehículo atravesó una neblina ligera, translúcida como una sombra, y la noche se aclaró. Las estrellas salpicaron el cielo, la luna estaba inflada y lucía blanca como una tiza.

Gabino se volvió para preguntarle al muchacho por qué había sido tan estúpido y vagaba por esos caminos de noche, cuando vio un destello verde que indicaba que la autovía 301 estaba unas cinco millas más adelante. Dejó escapar un suspiro de alivio, liberando el aliento que había estado reteniendo, aprisionando, en lo más profundo de su pecho. Al fin, la autovía. ¿Qué narices le pasaba? Parecía un anciano asustado, aterrorizado por tótems paganos, probablemente colocados allí por los niños de un rancho a modo de broma, y por un chaval de diez años con ropas viejas que vagaba por los campos. ¡Vaya un hombre estaba hecho! Se rio de sí mismo, sintiendo cómo se liberaba de la tensión, sabiendo que estaba próximo el momento de encontrarse con su cliente, casi aturdido con la idea de dejar tirado al niño a la primera oportunidad.

–Ya casi está –dijo, apartando los malos pensamientos. El chico se giró hacia él, con sus ojos negros brillando en el oscuro interior de la cabina.

–Señor, ¿ha escuchado la historia del séptimo hijo? –preguntó el muchacho–. Si quiere, puedo contársela.

Gabino le dedicó una larga mirada, ponderó sus ojos húmedos, luego negó con la cabeza y miró hacia la carretera, esperando de todo corazón que apareciera ya la rampa que conducía a la autovía.

–De donde vengo, había un niño –comenzó, su voz era suave como una cinta para el pelo, alta y confiada–, que era el séptimo hijo de un séptimo hijo. La gente de nuestra aldea pensaba que era un demonio, pero solo era un niño, solo tenía diez años.

Gabino no dijo nada. Sus manos asieron con más fuerza el volante.

–Un día, los aldeanos irrumpieron en la casa del niño. Golpearon a su madre y sacaron a rastras a su padre, entre patadas, arañazos y gritos, hasta la plaza del pueblo. Colgaron al padre de una estaca. En la parte superior de dicho poste ondeaba la bandera mexicana.

Gabino se aclaró la garganta con brusquedad, una parte de él escuchaba

la voz cantarina del crío, la otra escuchaba indicios de que Enviudadora todavía estaba viva en su habitáculo rodante. El camino seguía consumiéndose bajo ellos. –Yo tuve un hijo... –dijo en voz baja, como si eso lo explicara todo–. Su nombre era Luis.

Su joven pasajero continuó, inmutable. –El chiquillo fue llevado a una pequeña choza, una que no había sido utilizada en años, muchos años. En su interior excavaron un pozo de tierra, lo llenaron con madera triturada, colocaron un gran caldero de metal sobre la madera, encendieron un fuego e hirvieron agua mientras el niño observaba. Nunca dejó de gritar llamando a su madre y a sus hermanos que estaban atados de pies y manos con correas de cuero en su propia choza, pero no demasiado lejos como para no escuchar sus súplicas.

El misterioso niño tomó aliento, apoyó una mano en el asiento que los separaba y prosiguió. –Después de un tiempo, cuando el agua ya hervía, los aldeanos arrojaron al niño a su interior. Gritó, luchando por escapar, incluso cuando el agua derritió la piel de sus huesos, incluso cuando sus entrañas burbujearon y estaban escaldadas. Lo golpearon en la cara y la cabeza con largas varas, manteniéndolo dentro hasta que finalmente dejó de gritar y llorar, hasta que murió.

»Cuando culminaron su hazaña, los aldeanos liberaron a los otros miembros de la familia y después se dirigieron a la iglesia y oraron. Mientras el agua se enfriaba, toda la aldea rezó, y la madre y sus hijos vivos escaparon, temiendo por sus propias vidas.

»Una vez concluidos sus rezos, los aldeanos sacaron el cuerpo del niño del caldero. Le cortaron los ojos y los enterraron en un campo. Le cortaron la lengua y la tiraron en el insignificante río que discurría por entre la aldea. Le cortaron las manos y los pies y los enterraron junto a la iglesia donde habían orado. Lo que quedaba de su cuerpo fue reducido a cenizas en la plaza del pueblo.

»El cuerpo de su padre aún colgaba del palo de la bandera, el mismo viento que agitaba el cuerpo inerte fue el que hizo volar las cenizas de su hijo más joven, esparciéndolas por el aire.





Gabino vislumbró la pendiente, así como un gran cartel verde que indicaba la entrada.

–Son solo cuentos –dijo, dirigiendo al camión hacia la rampa.

–Dicen que nada creció allí –continuó el niño, como en trance, haciendo caso omiso de las observaciones de Gabino–. La tierra alrededor de la iglesia se tornó yerma, secando árboles y arbustos. El agua del río se volvió amarga y era portadora de enfermedades. Los campos se marchitaron, y donde llegaron sus cenizas, por toda la aldea, llegó la muerte, acabando con la vida de ancianos y jóvenes por igual. Una plaga. Ahora, nadie vive en ese poblado. Es tierra muerta, maldita por siempre.

Gabino aceleró todo lo que pudo, surcando con facilidad la autovía por entre el tráfico fluido. Vio una estación de servicio casi de inmediato, e indicó con su luz intermitente que iba a girar.

–Está bien. Hora de marcharse –dijo. Detuvo la camioneta en el surtidor de gasolina, sin atreverse a mirar al niño.

Oyó cómo la puerta se abría y se cerraba.

Arrancó y no miró hacia atrás.

x

Tercera Parte *Ted El Gordo y el Chino*

Ted El Gordo estaba en la cocina, mirando por la ventana mientras el brillante sedán negro se detenía en el largo camino de tierra. Pulsó un interruptor ubicado junto a la puerta y dos enormes focos, que estaban sobre la casa enfocados hacia el patio, cobraron vida, iluminando la totalidad del terreno que se extendía frente a la vivienda: la hierba desigual y poco uniforme, el camino de polvo, los enormes cipreses negros que delimitaban su propiedad de la carretera y, lo que era más importante, impedían el acceso desde el exterior. Cualquiera que quisiera acercarse a la casa de Ted debía conducir por un camino privado de casi un cuarto de milla de longitud,

bajo un dosel de árboles que se extendían a lo largo de sus flancos, y así accedería a su patio abierto. Había un descomunal granero en la parte de atrás y, a continuación, una densa hilera de árboles, separando también así sus tierras de las que pertenecían al Estado. Tras la vegetación había erigido una valla de diez pies de alto, reforzada con alambre de espino, que envolvía por completo sus tierras.

Los únicos que iban a ver a Ted El Gordo, eran aquellos a quienes Ted El Gordo quería ver.

El hombre del sedán negro pertenecía a ese grupo, y Ted se pasó la lengua por los labios cuando el lujoso automóvil se detuvo. Ted se volvió para mirar el precario reloj de plástico que había colgado en la pared opuesta, y maldijo a Gabino por llegar tarde.

Él solo tendría que entretenerlo. Mostrarle los alrededores, ofrecerle algo de beber. Una pequeña charla y todas esas cosas. Luego lo llevaría a la parte de atrás, le mostraría algunas de las otras mercancías que tenía allí, tal vez le interesara un poco de carne envasada que había congelado. Tal vez le mostraría a su cliente el pozo de los huesos. A un hombre como él le gustaría ver algo así. Ted El Gordo pensó que podría disfrutarlo bastante.

La puerta del auto se cerró de golpe y Ted se recompuso. Se miró en el espejo, comenzó a toquetearse su pelo apelmazado, cogió una gorra de béisbol de gran tamaño manchada de sudor de un estante cercano y se la encasquetó. Agarró su plumas negro, se lo colocó sobre sus caídos pantalones de chándal y su jersey de los Dolphins talla XXXL.

Cogió el calibre 38 de la mesa blanca de la cocina y la metió en un bolsillo de su plumas. Agarró la funda del cuchillo y se la sujetó a su enorme muslo, logrando solo apretar la hebilla en el último agujero de la gastada correa. Abrió la puerta y salió, todo él una sonrisa, saludando al hombre que esperaba pacientemente en el exterior del vehículo, con los brazos cruzados sobre su abrigo negro, el cabello arreglado y los zapatos brillantes.

–Hola –dijo Ted El Gordo, tambaleándose en la noche.

El hombre bajó la mirada, como si pensara, luego descruzó los brazos.

–El caballo.





–De camino, de camino –respondió Ted–. Solo un poco de retraso, pero no hay problema. Mi hombre, Gabino, acaba de llamar y está a cinco minutos de aquí –mintió, jadeando como un búfalo–. Todo marcha bien.

El hombre, que parecía parcialmente asiático, y en parte algo más, se limitó a mirarlo. Ted El Gordo se preguntó si sería incluso estadounidense.

–¿Eres hawaiano? No sonabas como un hawaiano por teléfono.

Ted se detuvo a unos pasos del hombre, deslizó una mano en el bolsillo de su abrigo y dejó que sus dedos jugaran con la culata del 38. –¿Eres hawaiano? –repitió, sus ojos se entrecerraron y su voz sonó nasal, incluso para sus oídos.

–Cinco minutos –dijo el hombre.

Ted sintió el paso del tiempo golpear su cabeza y no le gustó. –Está bien, está bien –dijo, las manos en alto, con las palmas hacia el hombre–. Ya te he dicho que está de camino, ¿de acuerdo? Entonces es que viene. Mira, ¿quieres beber algo? Tengo bourbon en la casa.

El hombre sacudió la cabeza. Ted se dio cuenta de que tenía el pelo recogido en una pequeña cola de caballo que ondeaba por detrás, como una delgada serpiente negra acurrucada en la base de su escuálido cuello hawaiano.

–El caballo –repitió.

Ted El Gordo lo miró un momento, preguntándose si aquel hombre era un cabezón o simplemente un retrasado. Se rio entre dientes, luego se pasó un brazo por sus labios hinchados, inseguro de cómo proceder con ese individuo extraño pero buen pagador. Trató de recordarse a sí mismo que había mucho dinero en juego y diez de los grandes eran diez de los grandes, y si el tipo quería plantarse allí y actuar como una especie de maníaco, a Ted El Gordo le parecía estupendo.

–Mira, ese caballo va a estar aquí en cinco minutos. ¿Por qué no vamos a la parte de atrás y te enseño el lugar en el que haremos la matanza?

El hombre levantó la mirada como si viese a Ted por primera vez. Tenía unos amplios ojos marrones y un bigote recortado rodeando su labio. Lo miró, pero no se movió.

Después de un minuto así, Ted se sintió un poco incómodo. Entonces se puso nervioso. –Oye, hombre, tienes que relajarte, ¿sabes? Quiero decir, mira –dijo, su tono tornándose agrio–, ¿tienes el dinero?

El hawaiano se giró hacia el automóvil, abruptamente, con impaciencia, y abrió el maletero. Sacó un maletín, dio dos pasos rápidos y se lo entregó a Ted El Gordo como si le estuviera dando una bolsa llena de mierda. –Aquí –dijo con la nariz arrugada.

–Bueno, está bien –dijo Ted con cautela, sin regocijo. Le quitó el maletín al hombre, se arrodilló, lo colocó sobre la hierba seca, accionó los dos cierres y lo abrió.

Estaba lleno de dinero, escrupulosamente amontonado. Billetes pequeños, justo como había pedido.

–Bueno, está bien –repitió, su tono más jubiloso entonces, y cerró el maletín, con sus cierres–. Ya sabes, en todas las películas y series el dinero va siempre en un maletín y siempre pienso, bueno, eso es un plus. Quiero decir, obtienes el dinero en efectivo y además te llevas un maletín. Siempre pensé que era algo genial, como un regalo inesperado, y me gustan las sorpresas, sí señor. Y mírame –Ted sostuvo el maletín contra su enorme barriga y sonrió–. Yo, con mi dinero y un maletín nuevo de regalo. Creo que es fantástico, vaya que sí.

El hawaiano no dijo nada, simplemente miraba al suelo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Ted El Gordo estaba a punto de intentar convencer otra vez al hawaiano de que le acompañara al granero cuando se escuchó el ruido distante de un motor, rompiendo así el insoportable silencio.

Alabado sea el Santísimo, pensó.

El hombre también se volvió, y ambos escucharon el ruido del camión y el rechinar del remolque mientras ascendían lentamente hacia la entrada. Pronto, los faros se movían entre los árboles, y unos minutos después, la gran F150 pasó por delante de ellos y se dirigió hacia el granero.

Ted El Gordo se quedó observando mientras pasaba y levantó una mano regordeta a la par que no apartaba los ojos del conductor. Pero Gabino, con la mirada fija al frente, no se giró, no hizo ningún gesto con la cabeza ni





saludó. Tan solo negocios, pensó Ted. Supongo que es una noche de esas.

–Bueno ahí está mi chico y ahí está tu caballo.

El hombre asintió y comenzó a seguir el rastro del tubo de escape de la camioneta hacia la parte trasera de la casa, hacia el granero.

–Todo bien entonces –dijo Ted, y lo siguió lo mejor que pudo, sosteniendo el maletín con una mano, y con la otra rascándose los testículos a través de la tela ligeramente humedecida de sus pantalones de chándal.

–Acabemos con esto.

x

Gabino bajó del camión, el aire nocturno era mucho más fresco de lo que esperaba. Todavía estaba conmocionado por la serie de extraños sucesos con los que se había topado en el camino, pero no creía en espíritus, maldiciones, iluminados ni en ninguna de las otras mierdas que veía en la televisión. Era católico y los católicos creían en los santos, en Dios y en los ángeles, en demonios y en diablos. La sala en la que por medio de oraciones y rituales se aprendían las enseñanzas de la Biblia y de Jesucristo. No había necesidad de protegerse de espíritus enojados, maldiciones paganas y cosas por el estilo.

Y aún así...

Sacudió la cabeza, inclinó el ala de su Stetson y empujó la pesada puerta del granero a lo largo de sus rieles, dejando el espacio necesario para que la camioneta y el remolque cupieran sin problema. El interior del cavernoso recinto era de un negro intenso que devoraba la luz de los faros, un velo vaporoso y opaco como el vestido de luto de una anciana.

Podía oír al extraño acercándose desde atrás, sus pasos marcándose sobre la gravilla suelta del camino improvisado que bordeaba la casa y conducía al granero. También podía oír a Ted El Gordo resoplando como un pez globo un poco más atrás. No importaba, era hora de hacerlo, coger su dinero y marcharse. Tal vez para siempre.

Cerró los ojos, apoyó una mano sobre la áspera madera de la construc-

ción e inclinó la cabeza rápidamente antes de que los otros llegaran. –Cúbreme con Tu sangre redentora y que me llene el Espíritu Santo. Sanar y transformar a mi ser de la oscuridad a la luz siendo... –recitó. Luego levantó la mano, apartándose del establo, abriendo los ojos a la oscuridad vacía que se alzaba ante él, un vacío que lo engullía todo. *Sí, este es mi último trabajo*, decidió.

Regresó rápidamente a la cabina y arrancó, esperando que los haces de luz amarilla de la camioneta se abriesen paso en la oscuridad, y la negrura lo envolvió.

x

Ted El Gordo alcanzó al hawaiano, que permanecía de pie ante la entrada, mirando pasmadamente el interior como si se tratara de una incógnita para la vista. Los ojos rojos, como de demonio, de las luces traseras del camión acechaban en lo profundo. Ted sonrió y pasó junto al hawaiano sin perder el ritmo.

Su mano experta encontró con facilidad la caja de luces en la penumbra y subió un oxidado interruptor. Las hileras de luces parpadearon y colmaron todo el interior.

El cobertizo tenía dos pisos de altura. Había cuadras alineadas en dos de las paredes del piso inferior, y la segunda planta, un espacio abierto, albergaba suministros, comida y cosas inservibles que Ted había ido acumulando a lo largo de los años. Muchas de ellas, de cuando su padre era dueño de la granja y la administraba como tal. Pero Ted había optado por otras vías de hacer negocios que eran mucho más rentables y mucho más fáciles de llevar a cabo con su físico. Prefería encargarse de ocasionales alijos de armas ilegales, drogas u otro tipo de contrabando, y contratar a alguno de los muchos inmigrantes ilegales dispuestos a ello y pedirle que transportara dicho material a cambio de una cantidad de dinero irrisoria.

Lo del consumo de la carne de caballo llegó hasta él como quien encuentra un regalo de Navidad bajo el árbol, escondido tras montañas de papel





de regalo usado y algunas figuras del pesebre mal colocadas. No podía creer lo fácil que era encontrar compradores para algo que podía conseguir con tan solo chasquear sus dedos regordetes. Carne de caballo. No sabía cuántos había sacrificado a lo largo de los años, a pesar de las leyes, débiles, que pretendían impedirlo. Prefería comprar mercancía a buen precio y convertirla en ganancias en el mercado negro, pero se dio cuenta de que podía centrarse en “pedidos especiales”, en los hombres y las mujeres que pagaban más dinero por las mejores razas de equinos, como si eso transformara la carne en algo más apetecible. Se rio para sí mismo mientras pensaba en la cantidad de dinero que la gente pagaría por cien libras de carne, o por ocho libras de corazón. Demonios, su familia había estado sacrificando cerdos durante generaciones, y su padre había abandonado este mundo endeudado con dos bancos y con un hígado destrozado cortesía del licor barato con el que trataba de compensar sus muchos fracasos. Ted El Gordo, sin embargo, no tenía hipoteca, había comprado su tercer Jaguar y tenía un televisor de pantalla plana por satélite en el cuarto de baño. Su padre podría haber trabajado duro, pero Ted lo hacía con inteligencia, y si este cliente le daba mala espina, le ponía trabas aunque fuesen mínimas o le producía un escalofrío, bueno, diantres, ese era el precio que uno tenía que pagar por hacer negocios, y no iba a permitir que eso impidiera que la transacción se efectuara. Al menos, no si podía evitarlo.

Se volvió hacia el hawaiano, que todavía estaba de pie pensativo en la puerta, y trató de poner su mejor y más serena sonrisa. –Bien, vamos, amigo. Aloha y todo eso.

El hombre miró a Ted con ojos sombríos y carentes de alma, se mentalizó y avanzó desafiante. Le lanzó una mirada rápida a Ted...

–Soy chino.

... y continuó hacia el fondo del granero. Ted se rio y cerró la puerta corrediza, sellándola con un ruido metálico.

–Amigo, mientras tu dinero sea estadounidense –canturreó Ted, riendo mientras lo seguía–, me importa una mierda de dónde seas.

Gabino contuvo la respiración mientras dejaba caer la puerta de la caravana, temiendo lo peor. Pero Enviudadora permanecía tan inmóvil y sana como cuando la había cargado, incluso estiró su cuello para brindarle esa mirada bizca que parecía haber perfeccionado, esa brillante esfera marrón como una bola de cristal que todo lo sabe. Suspiró de alivio y entró en el remolque para desatarla.

–Tranquila, chica –dijo, dándole la vuelta en aquel espacio reducido y tirando de ella por la correa. Empujó su hocico contra la barbilla de él y lo miró con curiosidad–. No tengo más golosinas, amiga. *No tengo más caramelos*⁸.

Gabino condujo al caballo fuera del remolque, descendió por la puerta bajada y se la presentó al cliente, sujetándola con fuerza de la correa.

–¡Vale, vale! –gritó Ted–. Vamos a hacer negocios. –Puso una mano en el hombro del chino–. Esta, querido amigo, es Enviudadora. Una purasangre holandesa de gran linaje, su padre fue Canciller, que compitió en el Campeonato del Mundo –hizo una “V” fofa con sus dedos y la sostuvo frente a la nariz de su cliente–, en dos ocasiones.

El chino asintió, mirando con asombro a la enorme yegua negra.

Ted El Gordo se quedó esperando alguna respuesta, pero no obtuvo ninguna, y le hizo un gesto con la cabeza a Gabino, que estaba aferrado al arnés del equino en mudo silencio. –Bueno, bien. ¿Vamos al lío? Gabino, llévala a la parte de atrás.

Gabino hizo un gesto afirmativo con la cabeza y condujo a la yegua a la parte trasera del establo, más allá del resto de cubículos —algunos de ellos contenían caballos viejos, otro tres cabras— hasta donde estaban los instrumentos de carnicería. Había un gran “escenario” de anchos tablones de madera, una plataforma de matanza que podía limpiarse con facilidad con una manguera una vez concluido el trabajo. Una pared separadora contenía diferentes aperos: guadañas, cuchillos y mazas para la

⁸ En español en el original.





matanza, además de una serie de implementos más precisos para el corte.

Los cascos de Enviudadora rasparon ligeramente los tablones. Gabino enrolló la correa sobre una pesada baranda de hierro anclada en la pared.

Ella apoyó la cabeza sobre su pecho y él, de forma instintiva, le dio unas palmaditas en el cuello. Retrocedió unos pasos y ella le empujó el brazo. Él se volvió y la miró a los ojos, tan claros con aquellas brillantes luces del edificio. Ella no esquivó su mano mientras él pasaba sus gruesos dedos sobre su hocico. Se sentía mal por no tener más golosinas, le hubiera gustado haber complacido sus deseos antes de la muerte.

Mientras acariciaba al animal, Gabino sintió que algo pesado se agitaba en lo profundo de su pecho. Un tumor de odio de bordes afilados, un reducto carbonizado de miseria y pérdida. Miró al caballo mientras se acercaba y sabía que las cosas podrían haber sido diferentes. En otra vida, un corcel como ese sería como un hijo para él. En esta vida, los caballos como ella eran solo dinero, carne y culpa, un abismo de desesperación que robar, asesinar y quemar hasta el fin de los días, hasta que no hubiera más odio que sacrificar.

El chino, elegante con su traje negro, subió al estrado, pasó una mano por el costado de la yegua, por su cuello, con una expresión nada disimulado de asombro, de admiración.

–Preciosa –dijo en voz baja. Miró a Gabino, sus ojos tan abiertos y sin pupilas como los del equino–. Hiciste un buen trabajo. Es perfecta.

Gabino asintió confundido, no le gustaba hablar con los clientes, y raspó las suelas de sus botas contra las tablas. La platea crujió cuando Ted El Gordo se unió a ellos, de buen humor, golpeando con su palma el anca del caballo.

–Sí, es una preciosidad, claro. Por supuesto, una vez que esté destripada y asada, se verá igual que los que hay en la zanja de atrás. –Ted dejó el maletín con cuidado, metió las manos en los bolsillos de su plumífero y se balanceó sobre los talones, feliz y confiado, como un cerdo frente a una montaña de maíz–. Entonces, ya que estamos aquí, tal vez podríamos...

El hombre del traje negro alzó bruscamente una mano y lo interrumpió.

pió. Miró a Gabino, provocando así que el ladrón lo mirara a los ojos.

–¿La matarás tú? –preguntó.

Gabino miró a Ted, quien asintió. Gabino a su vez hizo un leve gesto afirmativo al cliente. Aquel extraño hombre puso una mano sobre el hombro de Gabino, se acercó a él para poder susurrarle algo. A Gabino no le gustaba que lo tocasen, y el aliento del hombre apeataba a ajo, fuerte y penetrante. Intentó no retirarse mientras él hablaba.

–Si vas a matarlo, es muy importante... –sus ojos se apartaron, se lamió sus labios curvados–. Por favor, comprende que necesito que el caballo continúe con vida durante unos cuantos minutos mientras se está desangrando. –El hombre dejó que la información se asentara–. Entonces... ¿puedes hacer que muera lentamente?

Gabino no pretendía entender el motivo de su petición, pero conocía muchas formas de matar a un caballo, así que se limitó a asentir.

El hombre le dio una palmadita en el hombro a Gabino y luego, sin preámbulos, se marchó a toda velocidad de la plataforma. Gabino y Ted cruzaron sus miradas, y Gabino supo que a Ted El Gordo no le gustaba aquel cliente. Pero le gustaba su dinero, así que todo iría bien. O eso esperaba.

–Oye... –dijo Ted mientras el hombre se alejaba unos metros y comenzaba a desvestirse.

El cliente se quitó la chaqueta y la colocó sobre un barril polvoriento. Empezó a desabrocharse la camisa, ansioso, emocionado.

Ted se quedó boquiabierto y Gabino se mostró inquieto. Ted miró a Gabino con los ojos como platos, su cara rechoncha y blancuzca se ensanchó hasta adoptar una expresión de desconcierto. Caminó hasta el borde del escenario.

–Oye, amigo, ¿qué diablos estás haciendo?

El cliente lo ignoró, se quitó la camisa y la depositó sobre la chaqueta, se descalzó y volvió a la palestra. Su pecho estaba cubierto con un enorme tatuaje de un dragón rojo y serpenteante que se arrastraba sobre su hombro y cuya lengua se deslizaba sobre su musculoso vientre. Con Gabino y Ted





sin saber qué decir, el hombre se agachó con destreza, se llevó una mano al pantalón, se subió una pernera y sacó una navaja de afeitar plegada de una pistolera de cuero colocada a lo largo de su musculosa pantorrilla. Le enseñó la navaja a Ted El Gordo, con el brillante metal reluciendo bajo el influjo de la luz. Ted levantó instintivamente las manos, con la boca contraída por la sorpresa.

–No estoy aquí por la carne –aclaró el cliente–. De donde soy, no puedo regresar.

Gabino y Ted aguardaron, el aire estaba impregnado de tensión.

–Cuando llegue el momento exacto –continuó el cliente–, me cortaré la garganta y moriré yaciendo junto al caballo. Una vez que estemos muertos, quemaréis nuestros cuerpos. Enterrarás nuestros huesos y nuestras cenizas a la vez en tu pozo. –El chino asintió con vehemencia, como si con eso quedara todo aclarado, y las actividades, según había establecido, pudieran comenzar.

Ted solo podía mirar al hombre sin salir de su asombro, su boca flácida colgando abierta, su labio inferior bañado por la baba, su barbilla tocando su cuello. La expresión de Gabino era más plácida, pero se apartó unos pasos del hombre, hacia el caballo, con afán protector. No conocía a aquel tipo, pero parecía muy peligroso y, de repente, Gabino estaba seguro de que albergaba demonios en su interior.

Ted cerró la boca, tragó saliva, evitó mirar a Gabino mientras se retiraba, luego se volvió de nuevo hacia el hombre, el jocoso Ted El Gordo se había refugiado en algún lugar profundo dentro de toda aquella carne, y un Ted diferente, mucho más amenazador, ocupó su lugar, un Ted de mirada inquisitiva y mandíbula apretada, cuyas blancas mejillas sonrosadas brillaban con un tono carmesí oscuro.

–Vale, préstame atención –dijo Ted pausadamente–. No sé qué piensas que es esto, pero no somos un centro ritual satánico para locos y solitarios, ¿sabes? Esto es un negocio, como cualquier otro. Me das dinero por la carne, yo te doy la carne. Me dices que quieres carne fresca, que quieres ver al carnicero, yo te digo que perfecto, que vengas, te costará más, pero

no tuve ningún problema con un pequeño control de calidad si eso te va a hacer dormir mejor por la noche.

Ted dio un paso amenazante hacia el hombre, deslizando una mano hacia el abultado bolsillo de su abrigo. Tenía medio pie de altura y unas buenas ciento cincuenta libras más de peso que el nervudo asiático, y se abalanzaría sobre él como un luchador de peso pesado listo para pisotear a ese peso pluma. Gabino se fijó, lo que le valió su admiración, que el pequeño hombre no retrocedió. La voz de Ted iba aumentando en intensidad.

–Pero cuéntame que quieres desnudarte y cortarte la garganta en mi granero... en mi lugar de trabajo... bueno, hombre, es mejor que me cuentes que quieres aullar a la luna y meterle tu pequeña cosita amarilla al caballo por el culo, bañarte en su sangre y cantar algunas de esas tonterías rituales en lenguas antiguas. Porque verás, todo eso que plantas tiene un problema, mira, y ese problema es que me dejas a mí con un marrón. Entonces, mira, tenemos un obstáculo realmente difícil de salvar, ¿lo pillas?

Ted sudaba, tenía la mirada enloquecida y las mejillas temblando de ira. –Mierda, amigo –dijo, ladrando una risa áspera–, incluso te diría que estamos en un callejón sin salida. –Su rostro acalorado estaba a solo unas pulgadas de la del hombre, la comisura de sus labios blanca por la saliva reseca, su voz tan peligrosa y embaucadora como una picadora de carne–. Sí señor, eso es exactamente lo que diría que tenemos. ¡Un jodido punto muerto!

Gabino se mantuvo a la espera, con la respiración contenida, la mano apoyada ligeramente en la correa del caballo, que parecía irónicamente indiferente a la extraña conversación que se desarrollaba a unos escasos pies de distancia, palabras que iban a decidir su destino.

El hombre no reculó ante la imponente figura, que adoptaba la forma de un negro nubarrón de tormenta a punto de cernirse sobre él. Gabino pensó que parecía casi aburrido, como en modo zen. Sus ojos se movieron buscando a Gabino, como tomando una decisión en una fracción de segundo, luego volvieron hasta la cara enrojecida de Ted.

–Te pagué por el caballo –dijo con calma.





–Y eso es lo que tienes –replicó Ted–, pero esa tarifa no cubre el tener que deshacerme de cadáveres humanos. No señor, no. ¿Y sabes qué más no cubre? ¡No cubre esa extraña mierda ocultista en mi granero! No, eso tampoco, ¿ves por dónde voy? –Golpeó el pecho desnudo y tatuado del hombre con uno de sus gordos dedos–. ¿Lo pillas, hermano?

El chino pareció meditar unos instantes y luego asintió. –¿Quieres más dinero?

Los ojos de Ted se abrieron más todavía, sus labios se apretaron uno contra el otro con tanta fuerza que se tornaron blancos. Y luego, en una erupción, levantó la cabeza y rompió a reír, bramando tan fuerte y lo suficientemente profundo como para que el sonido pareciera escaparse hacia arriba y atravesara el marco en forma de “A” del techo del granero como si fuera un trueno.

–¡Más dinero! –gritó a los cielos, volviéndose para mirar a Gabino con la muerte en sus ojos, con una sonrisa enfermiza en su lustrosa faz.

Gabino, que ya había movido la mano para enroscarla en el cabestro de Enviudadora, dejó que su otra mano flotara hacia la pared. Sus dedos rozaron una guadaña que pendía de dos ganchos que él mismo había colocado. Esperó al siguiente movimiento de Ted.

–Más dinero –repitió, mirando con dureza de Nuevo al hombre con el torso desnudo–. Sí, ya sabes, más dinero sería lo tuyo. Me das más dinero, tío, y dejaré que te hagas el harakiri en el suelo de mi cocina si quieres. –Dio un pequeño paso hacia atrás, dejando algo de espacio entre él y el hombre, con la mano siempre enterrada en su bolsillo. Miró con fiereza al cliente, esperando una respuesta, pero el hombre tatuado no abrió la boca.

»Bueno –dijo entre jadeos–. Como eres un tipo silencioso, veo que debemos ver los términos del acuerdo. Está bien, entonces, ¿cuánto dinero exactamente estás dispuesto a ofrecer por este –agitó su mano libre en su espalda, señalando despreocupadamente a Gabino y a Enviudadora– ritual de suicidio mutuo?

El hombre lo pensó unos segundos, cerró los ojos y luego los abrió lentamente.

–Veinte mil más. Puedo hacerte la transferencia de inmediato.

Ted silbó. Era un silbido amorfo, salpicado de saliva y muy agudo. – Veinte mil. Bien, bien... –Caminó por el escenario en círculos, como si debatiera internamente.

Gabino agarró al mango de la guadaña.

Ted dejó de caminar. –No –dijo, rotundamente, casi en un susurro–. ¿Sabes lo que pienso? –preguntó Ted El Gordo, casi con dulzura. El bulto en el bolsillo de su abrigo se marcó cuando su puño se apretó alrededor del metal–. Creo que eres un bicho raro. ¿Hay una palabra para eso en tu lengua, rarito asiático? –La voz de Ted se tornó sosegada y fría. Separó las piernas con delicadeza, como si se estuviera preparando para un duelo.

El chino no dijo nada.

–¿No? Porque eso, como ves amigo, eso es exactamente lo que creo que eres. –La mano de su pistola se movió, frunció el ceño–. Y no me gustan los jodidos bichos raros.

Pasó tan rápido que Gabino apenas pudo seguir los movimientos. Ted sacó la pistola de su bolsillo. El asiático movió su muñeca, la hoja se soltó de su vaina de metal frío con un suave chasquido, y corrió hacia Ted, cubriendo la corta distancia entre ellos en una fracción de segundo. La cara de Ted se contorsionó en una mueca burlona y disparó. El hombro del extraño explotó, un trozo de carne salió disparado con un chorro de sangre.

Entonces el hombre se abalanzó sobre él.

Pasó la muñeca de un lado a otro y la cara de Ted se abrió como un melón resquebrajado, del ojo al molar de la parte izquierda, la mejilla colgando como una puerta rota, la sangre caliente salpicando, empapando el plumas y las tablas del suelo.

Gruñendo y ensangrentado, Ted aferró el cuello del hombre y utilizó el arma para golpearlo en la cara, pero el cliente levantó el otro brazo en un movimiento fugaz, borroso, desviando el arma. La muñeca de Ted cedió torpemente y la pistola disparó al aire, acertando a Enviudadora en el cuello. El caballo chilló como un demonio, sacudió su enorme cabeza hacia arriba, casi levantando en el aire a Gabino, que todavía tenía una mano





enroscada en su correa. Gabino se liberó mientras el caballo se convulsionaba, sus ojos grandes y brillantes como platos de cromo negro, tornándose blancos a consecuencia del shock.

Gabino descolgó la guadaña de la pared y saltó hacia el hombre con el torso desnudo, percibiendo mientras se movía que la espalda del hombre estaba cubierta por el resto de la figura del dragón rojo que había visto en la parte frontal.

Gabino hizo un giro descendente con su improvisada arma hacia la nuca del hombre, pero la mirada conmocionada de Ted El Gordo debió de servirle de advertencia. Se apartó en el último segundo. La cuchilla alcanzó el hombro ya herido y se hundió profundamente en la carne, casi separando el brazo del torso. El hombre gritó a la vez que deslizaba su navaja sobre la garganta de Ted El Gordo. Gabino se imaginó el orificio respiratorio cuando una espesa salpicadura de sangre brotó del cuello de Ted, rociando al hombre asiático y todo cuanto había a su alrededor en un radio de diez pies.

Gabino estaba demasiado aturdido para atacar de nuevo, y mientras permanecía allí viendo cómo moría Ted El Gordo, el hombre tatuado arrancó el arma de la mano carnosa de Ted, girándose y disparando tranquilamente a Gabino en el vientre. El rugido del disparo fue tan tremendo que Gabino hizo una mueca a consecuencia del sonido antes de sentir el empujón de la bala en las entrañas.

Aturdido, Gabino cayó de rodillas. El hombre se olvidó de Ted El Gordo y se concentró en Gabino, quien sabía reconocer a un demonio cuando lo veía.

Aquel extraño estaba cubierto de sangre fresca, el dragón rojo de su piel parecía volar a través del fluido caliente soplando fuego. Un brazo colgaba al completo de una gruesa tira de carne, inerte e inútil, y la sangre manaba de la herida. Su tez, sin embargo, permanecía inmutable, casi serena. El rostro burlón y empapado de sangre del mismísimo Satanás. Gabino solo fue capaz de soltar un gemido cuando el cliente levantó la navaja en el aire y se abalanzó hacia él. Intentó en vano alzar la guadaña, esperando desviar el golpe con ella.

Aquel demente estaba levantado su brazo para un ataque mortal cuando Enviudadora, desbocada y emitiendo rugidos guturales, dio una salvaje coz al hombre, golpeándolo en las costillas con una fuerza tan brutal como el choque frontal entre dos vehículos. El chino salió despedido de la plataforma como si tiraran de una cuerda sujeta a su cuerpo, precipitándose por el aire a veinte pies antes de estrellarse contra la parrilla de la F150. Se produjo un crujido discordante cuando la espalda del hombre se quebró, y un gemido áspero cuando su cadáver, roto, se desplomó sin vida sobre la tierra compacta, en un charco de sangre.

Jadeando, con las entrañas ardiendo, Gabino contempló aquel desastre. Ted El Gordo había dejado de moverse, una de sus manos había sido destrozada a consecuencia de la mortal sacudida de Enviudadora. Miró su estómago y advirtió que la mano que lo sujetaba estaba empapada de sangre. Hizo una mueca, el latido de su corazón retumbaba en sus oídos.

Una parte de él se preguntaba si debería ir a un hospital, vivir con las consecuencias legales que de ello pudieran derivarse. Intento ponerse en pie, pero solo fue capaz de arrodillarse antes de caer sobre uno de sus costados, con la sangre goteando en un flujo burbujeante. Levantó la vista hacia Enviudadora, cuya bravata se había disipado casi por completo. Resoplaba por entre sus belfos y movía la cabeza de un lado a otro. Sus rodillas se doblaron. Trato de enderezarse pero, al igual que Gabino, carecía de la fuerza vital necesaria para hacerlo.

La yegua se desplomó sobre la tarima, agrietando los tablones de madera bajo su aplastante peso, con los cascos apuntando hacia el ladrón moribundo. Su barbada sobresalía hacia arriba, el extremo del arnés todavía unido a la barandilla de hierro. Gabino vio cómo su gran vientre ascendía y descendía, pero sus extremidades y su cabeza yacían inmóviles.

Con lágrimas abrasadoras saliendo de sus ojos, Gabino se incorporó sobre sus codos, soltando maldiciones a consecuencia del dolor. Jadeando, con la poca fuerza que le quedaba, se arrastró sobre la madera hacia el caballo. Se dejó caer sobre el vientre del animal, colocó una mano ensangrentada sobre su fino pelaje negro. Luego, con los últimos arrestos de su triste





y miserable vida, se encaramó, tirándose sobre ella, presionando su herida contra el cuerpo de la yegua. Extendió sus dedos temblorosos para acariciarle la cabeza, sus ojos aún salvajes pero desvaídos, sus párpados pesados y a punto de caer, como un telón que se cerraba lentamente. Permaneció inmóvil, su rostro bañado por el sudor y las lágrimas. Dejo que su sangre empapara el pelaje del equino, consolándose al notar sus exhalaciones.

–Lo siento, preciosa –susurró con dulzura, tocando su boca con la punta de los dedos, acariciándola–. Estamos juntos en esto, ¿vale? –Cerró los ojos, las lágrimas se derramaron por sus mejillas y dijo con voz ronca–: *Ya nos vamos a encontrar con los ángeles del Señor.*

Se hizo el silencio y la visión de Gabino se nubló. Levantó la cabeza por última vez, miró al mundo que dejaba atrás, vio su Stetson manchado de sangre tirado cerca del borde del tablado. Se pasó una mano moribunda sobre su cabeza sudada, su pelo apelmazado, su bigote mojado por el sudor y la saliva. Hizo un gesto de dolor que provenía de sus entrañas, sus dientes blancos apretados.

Desplazó su peso, su cuerpo empujando sin gracia hacia el gran cuello de la yegua, y lo envolvió con su brazo. Su frente se inclinó hacia arriba junto a la de Enviudadora, y la apoyó contra su cresta facial, inhalando su aroma. El olor de la nobleza, pensó, recordando cuánto le gustaba de niño, cuánto había amado siempre ese aroma. Para él, era el perfume de la grandeza, de las vastas llanuras, de la fuerza, de la vitalidad, de la velocidad, de la vida misma. Quería llorar por el dolor y la belleza, pero ya era demasiado tarde.

El ladrón respiró por última vez. Se abría cada poro de su piel, sus músculos se retorcían, se enroscaban y sobresalían a través de su desgarrado tejido externo, que había estallado en gruesas cerdas negras. Los huesos se plegaron y partieron como piedras agrietadas, marañas de tendones entrelazados como serpientes enroscándose entre los dos cuerpos. Las pupilas de Gabino se endurecieron, su mente se expandió tanto como las llanuras más extensas de horizontes crepusculares, la tierra transformada en un mar de brezo en movimiento.

Por un momento, permanecieron latentes, hombre y caballo. Pasajeros mortecinos.

Luego, una creciente oleada de energía los inundó y se levantaron, triunfantes. Soltaron un suspiro, relincharon y, con un giro de su gran cuello, rompieron la atadura que los anclaba al hierro como si de una débil cuerda se tratara.

Arremetiendo, rompiendo todo lo que había bajo sus cascos, se volvieron y saltaron de la plataforma, los músculos vibrando, el corazón insuflando vida, la cabeza inclinada. Corrieron. Corrieron lejos de allí, de regreso a la oscuridad.

El mundo exterior era infinito y lo atravesaron. Volando, galopando más rápido que el viento, sus grandes pezuñas sacudiendo la corteza del nuevo mundo, quemando la llanura como el fuego del infierno, sus ojos mirando hacia el inmenso horizonte mientras huían hacia él, regocijándose.

En la lejanía, un niño se separó de una sombra protectora y corrió hacia ellos, agitando los brazos, saltando, riendo. Aumentaron el ritmo, impacientes por disfrutar de ese amor absoluto, ser consumidos por él, renacer en su blanquecina luz.

Eran criaturas de Dios, y Su poder emanaba de ellos. Eran reyes. Estaban compitiendo con montañas llenas del poder de soles estallando, inundando la gran llanura bajo un eterno manto de estrellas que caían.

Trotando en una carrera infinita.







Cuento nominado a los Premios Ignotus, contenido en
“*Contemplad el vacío*” de Philip Fracassi.

Portada de Hugo Giner.

Ilustrado por Juan Alberto Hernández.

Traducción de José Ángel de Dios.



DILATANDO MENTES
EDITORIAL